

## G. W. F. HEGEL: EL ÚLTIMO GRAN FILOSOFO DE OCCIDENTE<sup>(1)</sup>

Teodoro Olarte

El propósito de este estudio implica, como su título lo declara, una valoración de la filosofía de Hegel y su ubicación en la tradición filosófica occidental. Por consiguiente, ha de responder a los siguientes interrogantes: ¿Se halla Hegel plenamente dentro de la corriente de nuestra filosofía perenne? ¿Acoge su filosofía la temática esencial del pensamiento filosófico iniciado por Grecia? ¿Está justificado partir del supuesto de que el sistema hegeliano, por su universalidad y por su originalidad, ha de ser tenido como uno de los máximos sistemas de la historia de la Filosofía? Este último interrogante debe satisfacerse con dos investigaciones: a) el análisis del sistema hegeliano; b) el análisis de sus grandes derivaciones, actualmente vigentes.

Como motivación del tema que me propongo desarrollar aquí, menciono el hecho, muy elocuente, de que el sistema metafísico más característico de nuestros días, es el de Whitehead, quien, sin haber estudiado ni tal vez leído a Hegel, interpretó por los mismos caminos de éste, la Naturaleza; nos legó una filosofía sorprendentemente afín a la del hegelianismo, aunque sin las licencias lógico-metafísicas de éste.

De la importancia y de la grandeza de Hegel en la cultura occidental, no se puede dudar honestamente. Hay que contar con Hegel. De esta evidencia, apoyado en su plenitud de información, da testimonio X. Zubiri con estas palabras: "La filosofía no es una ocupación más, ni siquiera la más excelsa del hombre, sino que es un modo fundamental de su existencia intelectual. Por eso no nace de un arbitrario juego de pensamientos, sino de la azarosa problemática, situación en que el tiempo, *su* tiempo, le tiene colocado.

Nuestra situación, sentida hoy como problema, es la situación en que ha vivido y se ha desenvuelto Europa durante unas cuantas centurias. Mientras Europa ha ido haciéndose, ha podido el hombre sentirse cómodamente alojado en ella; al llegar a su madurez, siente, empero, como diría Hegel, refutada en ésta su propia existencia.

La madurez intelectual de Europa es Hegel. Y eso, no sólo por su Filosofía, sino por su Historia y por su Derecho. En cierto sentido, Europa es el Estado, y tal vez sólo en Hegel se ha producido una ontología del Estado. La verdad de Europa está en Hegel. Bien sé que suena esta afirmación algo exagerada. Poco importa. En cierta ocasión me decía Ortega y Gasset que la historia se deshace a fuerza de justicia. Lo importante, al exagerar, es saber que se exagera. Pues bien: lo que confiere a Hegel su rango y magnitud histórica en la filosofía es justamente ese carácter de madurez y plenitud intelectual que en él alcanza la evolución entera de la Meta-

---

(1) El presente artículo es resumen, muy apretado, de una conferencia pronunciada ante un auditorio filosóficamente muy heterogéneo. Sirva esta advertencia para prevenir a los lectores que pretendan buscar en él aspectos muy originales y técnicos.

física, desde Parménides a Schelling. Por eso, toda auténtica Filosofía comienza hoy por ser una conversación con Hegel: una conversación, en primer lugar, de nosotros, desde nuestra situación; una conversación, además, *con* Hegel, no *sobre* Hegel, esto es, haciéndonos *problema*, y no solamente *tema de conversación*, lo que también para él fue problema. La Filosofía es eterna repetición" (2).

Esta última frase de Zubiri "la filosofía es eterna repetición", debe ser aclarada en el siguiente sentido: Todo saber humano descansa sobre una determinada temática y su respuesta. La temática puede ser tradicional, y así ocurre en filosofía; ella hace tradición y, por lo que atañe al Occidente, los problemas de Platón son esencialmente los mismos que los filósofos de hoy traen entre manos. Mas no ocurre lo mismo con las respuestas a esos problemas; en la respuesta actúa la condición histórica y la condición muy individual del que filosofa; aquí puede existir y alentar la tradición, pero la repetición resulta metafísicamente imposible. Esta conclusión es imprescindible cuando se desee interpretar la parte medular de la filosofía del mismo Hegel.

Respetando el orden arriba establecido, trataré en primer lugar de si el sistema filosófico de Hegel se encuentra alineado en la tradición filosófica occidental. Para aclarar esta cuestión, no encuentro procedimiento más adecuado que preguntar al propio Hegel por lo que entiende por filosofía, por su proyecto personal de su entero filosofar. Su respuesta, clara y concreta, se lee al final de la "Introducción" de su "Enciclopedia Filosófica", que podría ser resumida de la siguiente manera:

- a) La Idea o el Todo, anterior a sus partes. El Absoluto, en sí y por sí.
- b) La Naturaleza: la Idea en su existencia exterior a sí misma. Creación.
- c) El Espíritu: la Idea que se recoge en sí misma; la verdad de la Idea en sí y para sí.
- d) El movimiento creador e integrador, mediante el proceso organicista.
- e) Correspondencia de lo particular, como momento, con lo Absoluto.

Adelantándome a la conclusión general de la presente investigación, pregunto: ¿Esta concepción filosófica no representa la síntesis, a increíble altura metafísica, de toda la filosofía y aun de toda la teología que antecedieron a Hegel? Sin violencia lógica ni histórica, la contestación tiene que ser afirmativa.

Antes de seguir adelante, debo hacer un paréntesis que juzgo necesario; es una advertencia al lector para prevenirlo de un error que con frecuencia ha invalidado la comprensión de Hegel: Este se separa del idealismo subjetivo, se separa de Kant, para quien las ideas eran exclusivo producto de la mente humana, en otros términos, las ideas carecían del soporte que les confiere el Absoluto. Hegel rechaza la prioridad del conocer sobre el ser; esta tesis viene a satisfacer la obscura tendencia a encontrar la raíz común del sujeto y del objeto, cuya distinción radical ha sido admitida harto a la ligera. La filosofía tiene que alcanzar la raíz común de estos dos factores, tiene que llegar hasta el todo, hasta el absoluto. Por esto Hegel parte de la afirmación antikantiana de que la "cosa en sí" es cognoscible. Su idealismo es objetivo.

Veamos si los puntos radiales de la tradición filosófica se encuentran presentes en la filosofía de Hegel.

Como es sabido de todos, la pregunta originaria de la filosofía griega se refiere a la Naturaleza: "Qué es la Naturaleza" marca el inicio del filosofar. Tal pregunta ha de entenderse en el sentido de "qué es eso de lo que brotan todas las cosas que aparecen ante nuestros sentidos". Los griegos distinguían con mucho cuidado entre

(2) ZUBIRI, X. *Naturaleza, historia y Dios*. Madrid, 1944, pp. 281-282.

naturaleza —fuente permanente— y la “*physis*”, lo que de esa fuente brotaba, que son todas las cosas con sus determinaciones específicas. Admitían un cambio creador. Por otra parte, para el griego el cambio exige un absoluto que lo garantice, que encierre la razón de ser de todas las cosas cambiantes, de la “*physis*”. Para unos será la misma naturaleza, para otros —Aristóteles— será Dios, esa garantía: la naturaleza o Dios con la naturaleza, mediante el movimiento y el cambio, produce las cosas. Las cosas tienen ser gracias a su vinculación con la naturaleza.

De la frase de Parménides —afirma X. Zubiri—: “Es lo mismo el ser y la visión de lo que es”, arranca todo el pensamiento griego. Por eso el momento absoluto del universo, el Dios que Aristóteles pedía para dar a aquél un carácter definitivo y sustantivo, envuelve en sí el “noein” en forma de pura actualidad; es un pensamiento que se piensa a sí mismo” (3). El hombre forma parte del universo porque se vincula con él por medio de la verdad, que responde a “que” son las cosas y a “qué” son las cosas. Tal es la importancia radical que implica la verdad.

El pensamiento cristiano incorpora el tema del Espíritu a las corrientes filosóficas. Subrayar esto es de enorme importancia porque el concepto de Espíritu abre caminos nuevos para el filosofar: hasta entonces el hombre se apoyaba en su “logos” para saber y decir lo que las cosas son, mas de aquí en adelante el hombre se afianzará para dar razón de todo en el “logos” divino, con quien poseía una imagen y una semejanza. Ciertamente, los griegos afirmaron que el hombre posee el “logos”, pero desde ahora el hombre sabe que ese “logos” lo tiene por participación del Dios creador.

Este apoyo en Dios, ¿será para la filosofía tan evidente y tan fuerte como se creyó durante tanto tiempo por filósofos cristianos y no cristianos? No; llega un tiempo en que se hace un arqueo filosófico exhaustivo. La idea de Dios recibe una alteración profunda desde los finales del siglo XIII por influencia de la teología negativa, y en pleno siglo XIV por las concepciones nominalistas que se imponen en las universidades con un imperio casi absoluto. Según la afirmación de la teología negativa, nosotros no podemos tener por luz natural un concepto positivo de Dios; según los nominalistas, herederos del voluntarismo escotista, el libre albedrío era la esencia divina. De este modo, el hombre pierde su apoyo del Espíritu, entrando en una soledad ontológica radical. Sin la fe de los griegos en la naturaleza; sin la fe de los cristianos en Dios.

Y desde este terreno comienza a construirse la metafísica moderna, la que responde al impulso dado por el “*cogito, ergo sum*” cartesiano. Expresión desnuda y aguda del antropocentrismo, producto de confusas resonancias renacentistas. Filosofía sin presupuestos trascendentes; todo terminará en puro inmanentismo, cuya cifra más clara y perfecta será el idealismo subjetivo de Kant.

La razón, autónoma, apoyándose en sí misma; la razón encerrada entre los barrotes de las formas a priori kantianas. ¿Cómo evadirse filosóficamente de esta cárcel? Históricamente se dieron varios intentos, los cuales, generalizando tal vez excesivamente, pueden formularse así: a) por medio de una crítica destructora de todos los fundamentos de nuestra cultura, luego de la subversión de todos los valores, echar marcha atrás para replegarse en los orígenes primarios mismos; b) seguir adelante, elaborando la filosofía con elementos irracionales; c) vitalizar en vuelo ascendente y totalizador los grandes temas filosóficos, olvidados o deformados.

La marcha atrás fue el ideal de Nietzsche; la segunda corriente se debió a la filosofía propiamente romántica, y la tercera es obra de Hegel.

---

(3) *Op. cit.*, p. 286.

La filosofía de Hegel obedece al plan impuesto por la esencia de su misma filosofía, de su sistema filosófico; por esta razón se presenta con la pretensión de dar cuenta de los fundamentos de la realidad íntegra, y se divide en tres partes vinculadas en férrea unidad: la lógica, la naturaleza y el espíritu.

La lógica no es para Hegel precisamente el arte de pensar correctamente, no es la lógica formal; ella es mucho más, es la ciencia de la Idea que implica el desenvolvimiento del ser. La Idea, el ser en sí, es real. Hegel comienza por rechazar el principio de Schelling, el de la identidad e indiferencia originarias; resulta evidente que si del ser no se puede predicar nada, el ser es igual a la nada. Sin un movimiento, no existirá la posibilidad de un primer paso. De aquí la importancia radical del devenir, de la dialéctica, mediante la cual aparece lo positivo. La negación del ser por la nada, queda superada por su misma negación, por el devenir, síntesis de ser y de nada. El producto de esta síntesis es la existencia en cuanto ser determinado, determinado por una cualidad que hace que sea alguna cosa. En términos generales, un concepto engendra otro concepto, siguiendo las leyes lógicas; es un paso de un concepto a otro concepto, objetivo; no un paso subjetivo, psicológico, sino real, objetivo. El concepto que lleva en su entraña el ser, va en su carrera pasando por diversos momentos y recibiendo nuevas determinaciones de sí mismo, de tal modo que si lo contemplamos al final de la serie, se diferencia del concepto en su estado de iniciación.

La Idea de la que parte Hegel, presenta esenciales rasgos parecidos al mundo platónico de las ideas; en la Idea, como en el reino platónico de las ideas, se hallan virtualmente contenidas todas las determinaciones; es el orbe de las formas, el mundo inteligible, base real de todas las entidades existentes. En una palabra: el reino del ser.

Entre los muchos testimonios de Hegel que podrían aducirse, cito el siguiente para que se comprenda la función del ser, de la nada y del devenir, núcleo de su lógica: "La nada es, pues, considerada como este inmediato igual a sí mismo, lo que el ser es. La verdad del ser, como de la nada es, pues, la unidad de entrambos. Esta unidad es el devenir" (4).

La filosofía de la naturaleza consiste en la afirmación fundamental de que la Idea se exterioriza en determinado sentido, se hace otra cosa, ya que la naturaleza es el ser ahí; la naturaleza representa el momento máximo en que encuentra el límite de su ser otro. Según el movimiento dialéctico advienen los siguientes momentos: Lo inorgánico puro, lo sometido a la consideración mecánica; en el segundo momento aparece lo físico, que no es solamente cuantitativo, sino que se deja anunciar cierta subjetividad, manifiesta en determinados fenómenos químicos y eléctricos; en el tercer momento encontramos lo orgánico, lo individual, lo opuesto a lo externo. La naturaleza es lo irremediablemente contingente. La naturaleza es el conjunto de formas que la declaran imperfecta. Esta imperfección no se origina, como creyeron Platón, Aristóteles y sus secuaces, de la materia que invalida toda perfección, sino de la esencia de las mismas formas; en la naturaleza se dan ciertas especies de formas que, por su esencia, no pueden ser realizadas de un modo perfecto.

La superación tal vez mejor lograda por el genio metafísico de Hegel, es la concerniente al mecanicismo inaugurado en el siglo XVII. El ser de las cosas trasciende a las mismas cosas. Trascibo lo que a este respecto afirma Collingwood: "Aunque señalemos un decímetro cúbico de espacio al decir aquí, y un periodo de ocho años al decir ahora, tampoco podemos sostener que el ser del cuerpo se halle contenido por completo dentro de esa localización o temporalización o el ser del organismo dentro de ese período; en ambos casos, el ser de la cosa rebasa los límites fijados; el cuerpo se hace sentir por sus efectos gravitatorios a través del espacio, y

(4) HEGEL. *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*. P. 80.

el organismo, ya lo consideremos física, química, biológicamente o moralmente, no es más que una concreción temporal y local de una corriente vital que se extiende mucho más allá por todas direcciones, y lo que nosotros llamamos sus peculiaridades, son, en realidad, características que impregnan esa corriente vital como un todo" (5).

Como se puede apreciar, de aquí al organicismo de Whitehead no hay más que un paso, que Hegel no lo dio; para darlo era necesario abandonar la física de Galileo y la de Newton. Y lo que le señalaba su genio metafísico, no pudo alcanzarlo porque se lo impidió su información científica; debido a esta razón histórica, el sistema hegeliano de la filosofía de la naturaleza se nos ofrece desgarrado. "Por una parte la concepción de la naturaleza como una máquina, una congregación moviente de trozos de materia muerta; por otra parte, la implicación cosmológica de su propio pensamiento, que insiste en que toda realidad debe estar imbuida de proceso y actividad; que la naturaleza no puede ser una mera máquina porque contiene en sí el poder de desenvolver, por una necesidad lógica, la vida y el espíritu" (6).

Aunque la naturaleza representa la distensión exteriorizadora más tensa, a través de sus momentos va adquiriendo cada vez más intensidad la tendencia por recogerse en sí misma. Lo cual culmina con la aparición de la subjetividad. La naturaleza manifiesta la intencionalidad para recogerse en la Idea absoluta, pero Hegel encuentra que ella está regida por leyes menos perfectas de lo que los científicos juzgan las que traen entre manos, y, sirviéndose de una teoría aristotélica, afirma que en la naturaleza hay siempre algo de potencia; son abstractas, esto es, imperfectas.

Acabo de mencionar la subjetividad como apareciendo, como surgiendo de la misma naturaleza; con esto queda anunciado el último estadio de la evolución; más concretamente dicho: del devenir del todo; como que el espíritu es la fuerza definitiva del regreso. El predicado último conferido a la naturaleza, es el "ser ahí", y el predicado último del espíritu es "ser para sí". Esto intenta significar que el ser de la naturaleza queda absorbido por el yo, por el espíritu, ya que "la universalidad del yo —escribe Hegel— no es simple comunidad, sino universalidad interna de sí misma". La naturaleza y el espíritu son momentos distintos del devenir, y hasta ha de afirmarse que el espíritu precisa de la naturaleza; pensamiento que en nuestro tiempo ha sido expresado con esta fórmula verdaderamente radical: la naturaleza (la materia) es la matriz del espíritu.

Sin embargo, estas entidades no se confunden, ni son entidades yuxtapuestas; entre sí se hallan en identidad que puede interpretarse como indiferencia; ellas se pertenecen, mas a base del vínculo lógico y, por consiguiente, ontológico que los une por su raíz, y es la Idea absoluta.

Lógicamente, después de la filosofía de la naturaleza, viene la filosofía del espíritu. Esta parte de la filosofía, la más original del pensamiento de Hegel, se presenta en tres fases sucesivas que son otros tantos momentos de la dialéctica de la Idea: el espíritu subjetivo, el objetivo y el absoluto.

El espíritu subjetivo es el yo, el yo individual, el que anima a cada hombre, eterno aspirante a la conciencia de sí mismo y de su libertad. Su meta última es la razón, certeza de sí y verdad a la vez, y que se inicia con la sensación, "sorda agitación del espíritu en su individualidad inconsciente e ininteligente" (Hegel). Por la teoría, la razón se libra de todo prejuicio; por la práctica, la voluntad adquiere universalidad.

---

(5) COLLINGWOOD, R. G. *Idea de la naturaleza*. Fondo de Cultura Económica, México, s.d., p. 152.

(6) *Op. cit.*, p. 153.

Cuando el espíritu subjetivo se desprende de sí mismo; cuando se objetiva, adviene el espíritu objetivo, plasmado como derecho, como moralidad y como eticidad. El derecho es la forma más baja de la realización del espíritu objetivo porque sólo se refiere a la exterioridad del individuo; la moralidad, al contrario, apunta, produce, la interioridad del hombre, de su conciencia. La síntesis de ambos se cifra en la eticidad, la ética objetiva que se realiza en lo universal concreto de la familia, de la sociedad y del Estado. El Estado carece en Hegel de los caracteres del liberalismo; en la filosofía hegeliana el Estado cobra una importancia colosal: es él el universal concreto, la verdadera síntesis del valor de la familia y del de la sociedad civil, el órgano de detención y de reposo del espíritu objetivo.

El ser absoluto es la mediación, la síntesis del espíritu subjetivo y del objetivo, es el que se despliega en la intuición de sí mismo como arte, como religión y como filosofía, la cual representa el absoluto conocimiento de sí mismo. En la historia del arte, de la religión y de la filosofía vemos y admiramos los momentos de ese supremo desplegarse y recogerse. En la historia de la filosofía aparece la verdad completa del espíritu, manifestación del total devenir de la Idea. Por esta razón, Hegel considera su propia filosofía como la verdad de la vida de la Divinidad.

Hasta aquí se ha repetido con frecuencia la palabra "verdad". La verdad del Ser. Juzgo necesario insistir en la aclaración de que Hegel parte de la explícita oposición a Kant, quien declaró que la cosa en sí era incognoscible. Este problema alienta en el sistema hegeliano desde su principio hasta su fin. Hegel afirma, mediante todo su sistema, que sí es cognoscible. ¿Cómo? Creando no las cosas, sino la verdad de las cosas. De modo que se impone la distinción básica entre la verdad y la realidad, entre el ser real y el ser verdadero. Toda la obra del Espíritu Absoluto se contrae a realizar el ser de la verdad. Por esta razón, según Hegel, el hombre es saber del Ser.

Al alcanzar el último estadio de su desenvolvimiento, el Espíritu se reconoce como Verdad, que es tal porque ha absorbido el error, la negatividad y la contingencia. Por esto la Idea Absoluta viene al supremo grado de ser en sí y de ser para sí.

Podemos afirmar ya que Hegel ha de ser considerado como el último gran filósofo occidental. Los temas, objeto permanente de la metafísica griega, latina y cristiana, o sea: el absoluto, el hombre y la naturaleza, recibieron de Hegel un tratamiento metafísico cabal, con un estilo épicamente filosófico, haciendo realidad sus propias palabras: "Por tanto, la filosofía última contiene todas las que la han precedido, resume en sí todas las etapas, es el producto y el resultado de todas las anteriores".

Hoy se puede apreciar en muchos sistemas, más o menos determinantes, la inspiración hegeliana; a veces, retazos de esa filosofía cubren la pobreza y la vergüenza de sistemas filosóficos de hoy. Ahora no los nombraré.